

tus altos se entiende aquella virtud del ánimo, que llamamos valor, ó fortaleza, no veo, que el temperamento amatorio tenga conexión alguna con ella, aunque, como hemos visto, tampoco tiene oposición. En unos sujetos se junta con ella, en otros con el vicio contrario, porque es indiferente para uno, y otro. Es verdad, que el amor vehementísimo hace los hombres animosos; pero solo para aquellas empresas, que conducen al fin del mismo amor. Esto es general á otras pasiones muy predominantes. El que es muy codicioso, aunque sea tímido, expone su vida á los riesgos del mar, por adquirir riquezas: el muy ambicioso á los de la guerra, por elevar su fortuna.

67 Si por espíritus altos se entiende un genero de nobleza del animo, que le inclina á ser dulce, benigno, complaciente, humano, liberal, obsequioso, convengo en que los genios amorosos están dotados de esta buena disposición: advirtiendo, que hablo precisamente del amor pudico, porque el apetito torpe, por grande que sea, es muy conciliable con la fiereza, con la rustiquez, con la insolencia, con la crueldad: con la barbarie, como se vió en los Tiberios, Caligulas, y Neronos (a).

RE.

*Noticia, y vanidad de los Filtros.*

(a) FUE notable descuido, que tratando de las causas del amor, especialmente de la que llamamos dispositiva, no nos ocurriese tocar algo de los Filtros. Pero ahora suplirémos esta falta, porque importa mucho desterrar uno, ú otro error, que hay en esta materia. *Filtro*, voz Griega, significa droga, ó medicamento destinado á conciliar el amor de alguna persona. Dicese, que los hay de dos maneras: unos supersticiosos, diabólicos, pertenecientes á la magia negra: otros licitos, naturales, pertenecientes á la magia blanca.

2 De la posibilidad de los primeros no se debe dudar: porque presenciando de las historias, que califican su existencia, entre las quales es bien verisimil haya no pocas fabulosas, es cierto que puede el demonio dár una tal disposición al cerebro de qualquiera persona, que, en virtud de ella, un objeto, que antes no le agradaba, haga en él una impresión gratísima, por la qual conciba el sujeto una vehemente inclinación á aquel objeto.

3 Pero es bien advertir, que rarísima vez permite Dios al demonio

## REMEDIOS DEL AMOR.

### DISCURSO DECIMOSEXTO.

#### §. I.

1 HAVIENDO explicado en el Discurso pasado la Enfermedad, conviene, que en este tratemos del Remedio. Dos errores opuestos, muy frecuentes uno, y otro, hallo en esta materia. Los que adolecen gravemente

de nio esta operacion; y así comunisimamente se frustran los encantamientos, ó hechizos amatorios; quedándole los desdichados, que usan de ellos, con la horrenda mancha de tan atroz delito, y ardiendo juntamente sin alivio alguno en la impura llama, que les induxo á cometerle. Esto dicta claramente el concepto, que debemos hacer de la Divina Providencia. ¿Qué fuera del mundo, que fuera de los hombres, si Dios le dexara al demonio executar todo lo que puede, ó todo lo que solicitan de él algunos perversos, que no dudan sacrificar el alma á la satisfacción del apetito? Esto mismo confirma la experiencia; pues se sabe de muchos, que tentando por tan detestable medio el delirio de sus pasiones, no lograron el fin pretendido. Esto es, en fin, conforme á la malignidad del demonio, que porque de todos modos padezca el hombre, procura inducirle al delito, y privarle del fruto del deleyte.

4 Insufrible es la simpleza del vulgo en esta materia. Apenas se vé alguna pasión de amor vehementísima, y contumaz, que muchos no sospechen, que es causada de hechizo. Y tal vez se llega á la extravagancia de sospecharle, aun quando de parte del objeto amado se reconore bastante atractivo. Insigne necedad es inferir causa preternatural, donde la hay naturalísima. Haviendole dicho á Olimpias, muger de Filipo de Macedonia, que una muger baxa, de quien Filipo estaba ciegamente enamorado, le havia dado sin duda hechizos. Hizo Olimpias traerla á su presencia, como ya diximos en otra parte; y viendo que era muy linda, con afabilidad bien extraña en muger zelosa, la dixo: ¡Ab hija mia! in carate defende de la acusation de hechizera; pues no es menester mas hechizo, que in hermosura, para prender quantos la vieren. Parece que con alguna apariencia de razon se discurre en hechizos, quando el amor es muy grande, y muy tenáz, y el

de esta pasión, la juzgan absolutamente incurable con remedios naturales; los que no la padecen, tienen por fácil su curación. Parece que los primeros deben ser creídos, por experimentados; pues gimiendo debaxo de tan penosa dolencia, no es creíble, que no hayan tentado la cura. A nadie

fal-  
objeto amado de corto, ó ningun merito. Mas tambien este concepto es harto irracional; siendo tan fácil advertir, que las prendas conciliativas del amor son respectivas. Agrada á uno lo que desagradá á otro. No hay en el mundo dos hombres perfectamente semejantes en el gusto, así como no los hay perfectamente semejantes en el temperamento. A diversa temperie, y distintos organos, es consiguiente hacer diversa impresion los objetos. La grande pasión de Henrique II. de Francia (que caló no se vió hasta ahora otra mayor, mas contumaz, ni mas desreglada en Principe alguno) por Diana de Poitiers, Duquesa de Valeninois, aun quando esta señora era, ó pasaba de quinquagenaria, hizo decir á muchos en Francia, que Diana le havia dado hechizos á Henrico. ¡Necedad pueril! Si aquella señora fuese hechicera, no se viera tan ultrajada por la Reyna viuda, como efectivamente se vió, luego que murió Henrico; pues pudiera hechizar á la Reyna, como al Rey. Algunos refieren, que Diana, aun en edad tan abanzada, era hermosa, y quando no lo fuese para los ojos de los demás, podia serlo para los del Rey; esto es, podia tener algunas gracias de gran valor respectivamente á la temperie, y genio de aquel Monarca.

5 Del mismo modo decian muchos en Francia que el Duque de Luxemburg, illustre guerrero del siglo pasado, tenia hechizos, con que se hacia amar de las mugeres. Esta voz no tenia otro fundamento, que el que en efecto era bien visto de ellas comunmente: siendo así que era de pequeña estatura, y rostro feo. Pero quién no vé, que tenia aquel General otras partidas mucho mas eficaces para lograr el amor de las mugeres, que la gentileza del cuerpo, y buena disposicion de facciones? Era en grado eminente intrepido, y bravo. Esta es una prenda superior á todas las demás en la estimacion del otro sexo: mucho mas siendo acompañada de feliz, y acertada conducta, como lo era en el Duque de Luxemburg.

6 Quisiera yo, y seria importantísimo, que todos los hombres de razon, especialmente los que tuviesen oportunidad para hacerlo por medio de la pluma, y de la prensa, concurriesen á desterrar del vulgo estas necias aprehensiones. Aquellos nimiamente credulos Autores, que en sus escritos amontonaron relaciones de encantamientos, hicieron, sin pensarlo, gravísimo daño al mundo; porque persuadiendo, con la multitud de hechicerías, y hechiceros, que refieren, que el ser hechicero no consiste mas que en quererlo ser, han

faltan consejeros; que le prescriban remedios, que se hallan escritos en varios libros de Ethica. Pero la experiencia muestra á cada paso, que á estos enfermos se puede aplicar tambien

lo  
dado ocasion á que muchas de aquellas almas infelices, que no siguen otra ley que la de su apetito, ó por sí mismas directamente hayan invocado el auxilio del demonio para logro de sus depravados designios, ó por lo menos hayan solicitado para el mismo fin el sufragio de alguna persona, á quien el error del vulgo haya puesto en la opinion de saber hechicerías. Hay de esto en el mundo mucho mas que lo que algunos podrán imaginar. Poco há murió en esta Ciudad de Oviedo una inmunda, derrengada, miserrima, y embultera vieja, que se interesaba en persuadir á gente rustica, y tonta, que sabia hechizos para muchas cosas, por sacar seis, ú ocho quartos de cada uno, que la viniese á comprar drogas, y no faltaban compradores. A este daba una haba, ó grano de alguna planta, para que, siempre que la tuviese consigo, ganase al juego. A aquel una piedrezuela, para hacerse amar de las mugeres; al otro enseñaba unas palabras, para salir libre de qualquiera peligro, &c. El efecto era quedar burlados, sin lograr nadie su intento. Dixo bien la vieja, llegando el caso de prenderla por el rumor de que era hechicera, quando estaba ya postrada, sin poder moverse, en una sucia, y pobrísima cama; *si yo fuera hechicera, ni estuviera como estoy, ni estuviera aqui.* Murió dentro de pocos días: con que no hubo lugar para darle el castigo, que merecia por sus embustes; que de hechicera tenia tanto como de linda.

7 Es, pues, de grandísima importancia, y aun necesidad, mudar enteramente el concepto del vulgo en esta parte, y persuadirle (lo que es verdad) que las hechicerías son sumamente raras; que un hechicero realmente tal es una *rara avis in terra*; que los poquissimos, ó rarísimos que hay, tienen un poder limitadísimo; no permitiendo Dios al demonio que los auxilie, sino para una, ú otra cosa de leve importancia; que antes que Christo viniese al mundo era mayor la facultad del demonio, y así havia entonces mas hechiceros; y aun acaso hay hoy mas en aquellas tierras barbaras, donde no es venerado el nombre de Christo, mas no donde la Cruz, y el Crucifixo tienen á los demonios á raya; que en muchos libros se encuentran infinitas patrañas en materia de magica, por la facilidad de los Autores en creer á gente embultera: que muchos de los que han sido castigados por hechiceros, sin serlo en verdad, fueron justamente castigados: unos, porque hicieron obras, ó dieron palabras ordenadas á implorar el favor del demonio, aunque éste no haya correspondido á sus ruegos: otros porque fingiendose tales, hicieron caer en el detestable crimen de pacto con el demonio á algunos, á quienes persuadieron podrian lograr, por medio de él, lo que

lo que Sydenhan dixo de otros: *Ægri curantur in libris, & moriuntur in lectis.*

2 Los segundos por el contrario imaginan, que el amor

se que deseaban: que en algunas Regiones, ó territorios huvò nimia facilidad en creer acusaciones de hechiceria: sobre que se puede ver lo que hemos escrito en el Tom. IV, Disc. IX, num. 15, 16, 17, y 18, y desde el 29 hasta el 32 inclusivé: y en el Tom. VI, Disc. I. desde el num. 27 hasta el 102. Persuadido el vulgo à estas verdades, se evitarán muchos atrocísimos pecados; pues los mas, resueltos à sacrificar el alma à sus pasiones, se abstendrán de solicitar pacto con el demonio, estando desesperanzados de lograr por este medio sus designios.

8 Siendo inútiles, por lo comun, ó casi siempre los Filtros superficiosos para conciliar el amor, los naturales nunca dexan de serlo. Es lo mismo que decir, que no hay tales Filtros. Lo que aseguran los Autores dignos de fé, que han tocado este asunto, es, que el unico efecto, que se ha observado en las pociones, ó drogas destinadas à conciliar el amor, es quitar el juicio, ó la vida, ó juntamente uno, y otro, à las personas à quienes se aplicaron. Y no se entienda, que aqui quitar el juicio, signifique inducir una passion amorosa, tan vehemente, que perturbe la razon; sino causar una locura rigurosamente tal, furiosa por la mayor parte, y totalmente inconexa con los symptoms del amor. Leanse à este proposito varias historias. Cornelio Nepos, citado por Plutarco, dice, que aquel famoso General Lucilo, célebre por las muchas victorias, que obtuvo sobre Mithridates, le quitó el juicio, y luego la vida una pocion, que le dió el liberto Calisthenes, à fin de ser amado de él. Eusebio refiere, que al Poeta Lucrecio sucedió la misma desventura; porque Lucila, su muger, creyendole tibio, y aun sospechandole infiel, con un Filtro quiso asegurar su buena correspondencia; el qual le enfureció de modo, que se quitó la vida. Aristoteles cuenta de otro, à quien habiendo dado una muger una pocion amorosa, al instante cayó muerto. De Federico, Duque de Austria, electo Rey de Romanos, escribe Cuspiniano, que le quitó la vida otra muger, usando del mismo medio, no para que la amase à ella, sino à su marido. De tiempos mas cercanos à nosotros se escriben tambien semejantes tragedias. El Autor del libro *Caprices d'Imagination* refiere la de un Cordonero de Witemberg, que enloqueció, y murió loco por el mismo principio. Lo que cuenta Bayle de Pedro Lotiquio, Poeta Aleman, y de no vulgar erudicion entre los Protestantes, tiene algo de singular. Hallandose éste en Boloña, la huespeda, en cuya casa se aposentaba estaba enamorada de un Eclesiástico, que vivia en la misma posada; pero que no la correspondia; y para inducirle à amarla, le preparó en la sopa, que havia de tomar à medio dia, no sé qué droga amorosa. Eran compañeros de

se quita, quando se quiere, como con la mano. Esto consistió, en que à bulto se hacen la cuenta, de que siendo la voluntad potencia libre, y el amor acto fuyo, ama quando quie-

meña Lotiquio, y el Eclesiástico: sucedió que para el gusto de éste estaba la sopa demasadamente crasa, por lo que Lotiquio, que no era tan delicado, se aprovechó de ella; pero con gravísimo daño suyo; porque, aunque revuelto luego el estomago, arrojó por vomito parte del Filtro, quedó lo bastante para ocasionarle una fiebre peligrósísima, en que se le cayeron todas las uñas; y aunque convaleció, quedó siempre algo dañado.

9 Supongo que no todos aquellos ingredientes, en quienes se ha imaginado virtud para conciliar el amor, producen estos malos efectos; si solo este, ó aquel determinadamente, en quienes hay qualidad venenosa; porque de algunos otros, que se leen en los Autores, consta que no la tienen. Pero lo que de unos, y otros generalmente se debe asegurar, es, que ninguno tiene virtud atractiva del corazón. Porque demos que haya tal medicamento, que immute la temperie de un hombre, de modo que resulte de la immutacion una indole muy amorosa, ó una furiosa inclinacion à la lascivia. Esta inclinacion será general, y no respectiva, y determinada al sugeto, que le dió la droga, porque para esta determinacion no se puede concebir influxo en ella.

10 En varios Autores, antiguos especialmente, se leen diversos ingredientes, à quienes se ha atribuido esta quimerica virtud. El mas decantado de todos es el *hippomanes*. Pero este nombre se halla aplicado à tres cosas diferentes. En unos Autores significa una cosa, en otros otra; pero à todas tres se atribuye la virtud de conciliar el amor. Por justos motivos omito hablar de los primeros, y principales significados. Recato à los lectores discretos un rasgo de erudicion curiosa, por evitar à los que no lo son algun tropiezo. El tercer significado es una hierba. Con esta significacion se halla la voz *hippomanes* en algunos Autores. Pero qué hierba es ésta, ó qué nombre tiene entre los modernos la que llaman *hippomanes* los antiguos, aun no está decidido. Tres opiniones he hallado sobre el asunto, cuya disquisicion nada nos importa. Lo que conviene saber es, que no hay hierba alguna en el mundo capaz de producir un grano de amor.

11 Sin embargo, muchos del vulgo están persuadidos à que hay una hierba eficaz para esto. Y lo peor es, que haya Autores que patrocinen este error del vulgo. Con bastante disgusto mio he visto comprendidos en este numero dos bien conocidos en la República Literaria. El primero es el Illmo. Sr. D. Fr. Antonio Guevara. El segundo Juan Bautista Helmoncio.

quiere, y no ama quando no quiere: proposiciones en un sentido idénticas, y en otros falsísimas. Vengo en que la voluntad pueda suspender el acto de amar, y aun hacer actos con-

12 El Sr. Guevara en la Vida del Emperador Marco Aurelio, que dió á luz como escrita por el mismo Principe, dice, que éste conoció en la hierba llamada *Flavia*, la qual nace en la Isla *Lethir*, sobre el monte *Arcadio*, la peregrina virtud, de que qualquiera que tocase con ella á otra persona, se hacia amar de ella con una passion vehemente, que jamás se extinguia; y que el mismo Emperador hizo la experiencia en uno á quien tocó con el jugo de dicha hierba, y produjo en él un amor grande, que se terminó en su muerte.

13 Para demostrar á los lectores la ninguna fe, que merece esta narracion, es menester ponerles delante la deestimacion grande, que hacen los Criticos de los escritos historicos de este Prelado, aunque sujeto por otra parte dotado de ilustres prendas. D. Nicolas Antonio dice, que el Sr. Guevara dió á luz sus propias ficciones, como que eran noticias halladas en escritores antiguos; atribuyó á otros Autores narraciones, que forjó él mismo, y trató las historias de todos los tiempos, como si fueran las fabulas de Elopeo, ó las portentosas invenciones de Luciano: *Illud commiseratione potius quam excusatione indiget, talis fama virum putasse licere sibi ad inventiones proprii ingenii pro antiquorum proponere, & commendare, factus suos aliis supponere ac denique de universa omnium temporum historia tamquam de Æsopi fabulis, portentosisve Luciani narrationibus ludere.* Y luego añade, que el mismo juicio hizo de los escritos del Sr. Guevara el Illmo. Cano.

14 El grande Antonio Augustino en el lib. 10 de sus Dialogos fienta, que Guevara fingió historias Romanas, y contó cosas, que los mortales no havian visto, ni oído; estampó sueños, que en ningun Autor se hallan, y inventó nombres de escritores, á quienes atribuirlos.

15 El Jesuita Andres Scoto en la Bibliotheca Hispana refiere, que Pedro Rua, doctísimo Español, natural de Soña, en tres largas, y eruditísimas cartas, que escribió al Sr. Guevara, confutó sus mismas ficciones fuyas: *Antonii Guevaræ (qui tunc solus doctriinæ, & eloquentiæ arcem teneve videbatur) errores, mendaciaque in historiis antiquorum, veteribusque monumentis lapidum, & nummorum explicandis egregie refellit.* Añade el P. Scoto, que admira de que las cartas del Sr. Guevara hayan sido tan aplaudidas, quando están ya en la opinion de contener (es hyperbole) tantas mentiras como claufulas, que *tot mendaciis, quot versibus scitæ dicantur.* Y concluye insinuando, que aunque Rua notó muchos errores, son en mucho mayor numero los que dexó de notar: *Rua itaque de tot millibus multa indicavit, facemque prætulit, ne quis posthas credulus in errorem induceretur.*

Por

contrarios á él; pero sin dificultad, sin repugnancia, sin hacerse una especie de violencia á sí misma? Eso parece, que significa el poner tan pendiente de su arbitrio dexar de amar:

*Tomo VII. del Theatro*

16 Por lo que mira á su Vida de Marco Aurelio, que es la obra, que nos conduxo á esta critica, el famoso critico Gerardo Juan Vossio, á quien, citandole, infinitam dar ofensa Don Nicolas Antonio, y Pedro Bayle: fienta, que aquella obra toda es supuesta por dicho Prelado, sin tener cosa alguna del Autor, á quien la atribuye: *Vita illa Marci Aurelii Antonini, quæ ab Antonio Guevara, Mindoniensi Episcopo Hispanicè edita est, eaque è lingua in alias per multas translata fuit, nihil Antonini habet, sed tota est suppositilla, ac genuinus Guevaræ ipsius factus, qui tunc piter os oblevit lectori, planè contra officium hominis caudidi, maxime Episcopi.*

17 No sin dolor se manifestado el concepto que reyna entre los eruditos, de la poca veracidad historica del Illmo. Guevara, varon por otra parte muy digno de la comun veneracion. Pero fuera de que la obligacion de delengañar al público debe prevalecer á qualquiera particular respeto, pertenece con propiedad al asunto de mi Obra impugnar la estimacion, que se dá á las noticias historicas del Illmo. Guevara, por ser dicha estimacion, ó el concepto en que se funda la estimacion, un error comun, y popular. Añadese, que la materia, que aqui estamos tratando, ofrece un motivo especial, y de mucho peso, para desautorizar con los lectores la qualidad de Historiador del Sr. Guevara. Facil es conocer quanto importa desterrar del vulgo la persuasion de que hay hierbas, que tengan virtud de conciliar el amor, para evitar á muchos el riesgo de inquirirlas, perdiendo en esta investigacion el tiempo, el honor, y aun el alma. Para lograr este fin, es preciso mostrar, que no es fidedigna la historia de Marco Aurelio, dada á luz por el Illmo. Guevara; porque si lo fuese, como en ella se introduce el mismo Emperador, certificando por experiencia propia la eficacia de la dicha hierba *Flavia* para ganar los corazones, y por otra parte la conocida gravedad, y entereza de Marco Aurelio es un fiador de su veracidad, havria un gran fundamento para creer la existencia, y virtud de dicha hierba. No obstante, si alguno quisiere defender, que todo lo que escribió de historia tan ilustre Prelado, se debe presumir lo copió de otros Autores, no lo impugnaré, como se me conceda, que lo copió de Autores fabulosos. Entretanto quisiera saber en qué parte del mundo están la Isla *Lethir*, y el Monte *Arcadio*, donde nace la hierba *Flavia*; porque ni el nombre de esa Isla, ni de ese Monte pude hallar en los Dictionarios, que tengo.

18 El segundo Autor, que nos asegura haver, ó hierba, ó hierbas conciliativas del amor, es Juan Bautista Helmoncio. Dice este Autor (\*) que

(\*) Ap. Joan. Zahn, tom. 2. *Mundi mirab.*

Ccc

que

y eso niego que suceda. Fuera de que la cuestión no procede tanto del amor actual, quanto de aquella disposición, ó inclinación á amar, originada de la dulce, y atractiva impre-

que hay una hierba (nada rara, antes que á cada paso se encuentra) la qual, si alguno toma en la mano, y la tiene en ella hasta que tome algo de calor, y despues con la mano así caliente, cogiendo la de otra persona, la detiene hasta calentarla un poco, al momento la inflama en su amor. Añade Helmoncio, que aun en un perro comprobó. esta verdad; pues habiendo, con el requisito expresado, cogido un pie del bruto, este le siguió, dexando la ama, que tenia, aunque no le havia visto jamás, y muchas noches estuvo ahullando delante de su aposento.

19. Para conocer quàn indigno de fé es Helmoncio, vease lo que hemos escrito de él en el Tom. III, Disc. II, num. 34 Y sobre aquello aún tenemos no poco que añadir. Fue Helmoncio apasionadissimamente inclinado á referir virtudes prodigiosas, yá de la naturaleza, yá del arte, que no hay, ni en la arte, ni en la naturaleza. Buena prueba es de lo primero lo que afirma, como indubitablmente comprobado con muchos successos, de la increíble virtud de la piedra Turquesa (supongo que eso significa la voz *turcois* de que usa), que el que la trae consigo, aunque cayga de una grande altura, no padece la menor lesion, porque el efecto del golpe se transfiere enteramente á la piedra. Despues de referir tres casos, nombrando los sujetos á quienes sucedió, trayendo la piedra en un anillo, y siendo precipitados de sitio eminente, haerte pedazos la piedra, sin padecer ellos algun daño; añade, que podria referir otros diez casos semejantes: *Possim adhuc decem casus similes referre; sed dista sufficiant, quoniam exinde constat gemma virtutem magnam esse praeservare à lesione, & transferendi istum in se* (\*). Que hable de la piedra que llamamos Turquesa, que de otra qualquiera, ¿quién no vé que es quimérica la virtud, que le atribuye?

20. Lo segundo se califica sobradamente con los milagros médicos que publicó de su *Alkaest*, y de la piedra de Butler. *Alkaest*, voz Chymica, significa menstruo, ó disolvente universal; esto es, que tiene virtud para desatar todas las substancias corporeas, reduciendolas á sus primeros principios, ó materia primigenia, de que se forman. En algunos Autores *Alkaest* es voz genérica, comun al disolvente universal, y á los que solo son respecto de este, ó aquel mixto; mas esta es mera cuestión de nombre. El primero, que se jactó de poseer el gran secreto de *Alkaest*, ó disolvente universal, fue Paracelso, y el segundo su sectario Helmoncio, calificandole de remedio universalissimo, y efficacissimo para todo genero de enfermedades: en lo qual sin duda mintió; pues so-

(\*) Apud eundem Joan. Zahn, ubi sup.

presion, que hace en el corazon el objeto. Esta inclinacion es la que juzgan absolutamente insuperable los amantes. Tan arraygada miran su passion en el pecho, que en su dictamen es

bre la dificultad, y aun imposibilidad, que se representa, en que haya algun remedio universal, consta, como yá notamos en el lugar citado arriba, que Helmoncio no pudo curar varias enfermedades, que eran absolutamente curables; por consiguiente su *Alkaest* no tenia la virtud que él predicaba, ó él no tenia tal *Alkaest*.

21. De la piedra medicinal de Butler no quedó mas noticia, que la que dió el mismo Helmoncio. Era Butler un Chymista Irlandés, á quien trató, y con quien travó amistad Helmoncio en Flandes. Este, segun la relacion de Helmoncio, curaba todas las enfermedades con una piedra, no natural, sino facticia, de tan rara eficacia que una gota de aceyte, en que se infundiese por breve tiempo la piedra, aplicada, yá á la punta de la lengua, yá á otra alguna parte del cuerpo, prontamente sanaba aun enfermedades envejecidas, radicadas en lo intimo de la complexion, y rebeldes á todos los demás remedios. Esta noticia, sobre tener contra sí los argumentos, que prueban la imposibilidad de remedio universal, padece nuevas dificultades en la minutissima dosis del remedio, su leve aplicacion, y su prontissimo efecto. Añadese (y esta es una consideracion de gran peso para reputar la narracion fabulosa), que ningun Escritor, exceptuando Helmoncio, y los que citan á Helmoncio, hace memoria, ni de aquel admirable Chymista, ni de su admirable piedra. Yo por lo menos, aunque he leído en muchos la noticia de Butler, y de las prodigiosas curaciones, que obraba con su piedra, ninguno he visto, que hable sino fundado en la testificacion de Helmoncio. ¿Cómo es posible, que en un tiempo, en que la Europa estaba llena de Escritores Médicos, muchos no conociesen por sí mismos, y tratasen á un Chymista, que andaba vagueando fuera de su tierra, y haciendo curas admirables? Ni cómo es posible, que conociendole muchos, ninguno, á la reserva de Helmoncio, quisiese estampar tan portentosa raridad?

22. Así no se puede dudar de que Helmoncio, aunque tuvo un genio particularissimo para la Medicina, y yá por su mayor habilidad, yá por su mayor osadia, hizo varias curaciones, que juzgaban imposibles otros Médicos (bien que juntamente es harto verosmil, que muriesen algunos á sus manos, que vivieran, sino huvieran caído en ellas); no se puede dudar, digo, que tuvo mucho de charlaran. Por lo que dixo de él Sebastian Scheffer (\*): *Multum certè fallitur, qui ejus credit jactabundis vocibus*. Y el célebre Boerhaave (\*\*\*) prueba largamente

(\*) Apud Prope Blount in Helmoncio.

(\*\*) In Prologom. ad Institutiones Chymia.

es imposible, sin arrancar el pecho, arrancar la pasión  
*Da amantem & sentiet, quod dico.*

3 No pocos de los que son insensibles al amor, ó muy ti-  
mente lo mismo; añadiendo, que en sus escritos, los cuales repasó con  
gran cuidado, halló innumerables contradicciones. Por lo que se de-  
be considerar este Autor totalmente indigno de fé en lo que refiere  
de la hierba amatoria, como en otras muchas cosas.

23 Tales como hemos visto, son los Autores, que por experien-  
cia nos aseguran la eficacia de alguna hierba para conciliar el amor.

24 Aun de mucho mayor desprecio son merecedores aquellos Se-  
cretistas ridiculos, que recomiendan esta virtud en algunas piedras, ani-  
llos, y otras cosas. Un librito con el titulo de *Mirabilibus*, que ha cor-  
rido debaxo del nombre de Alberto Magno, obra sin duda de algun  
insigne embustero, que quiso darla curio al favor de tan esclarecido  
nombre, hizo creer á gente simple esta, y otras monstruosas patrañas,  
que despues, citando á Alberto, copiaron wequero, Mizaldo, y  
otros Autores de Secretos. Allí se halla, que la piedra de la aguilá  
tiene la preciosa virtud, de que hablamos, lo mismo el corazón de la  
golondrina; lo mismo el de la paloma. Dicho libro está condenado por  
el Santo Tribunal, y declarado tambien, que no tiene por Autor á  
Alberto Magno; lo que es evidéntísimo, pues no se ha escrito jamás  
igual coleccion de fábulas ridiculas con titulo de Secretos admirables.

25 La de los anillos contruidos de baxo de tal, ó tal aspecto, de  
estos, ó aquellos Astros, con cuyas notas, ó figuras se sellan, y efica-  
ces, por la virtud comunicada de ellos, para atraer las voluntades, curar  
dolencias, &c. ha logrado alguna aprobacion entre no pocos, domina-  
dos de una especie de fanatismo Astrológico, que imaginan influencias  
mysteriosas, y una harmonía como Magica, entre los cuerpos Cele-  
stes, y Sublunares. A esto aluden dos Disticos de Hugo, Grotio, con-  
tenidos entre otros muchos, que hizo en elogio del Anillo:

*Annule, qui pestem, sœdumque arcere venenum*

*Pellere, qui Philtiri crederis esse loco:*

*Annule, qui Magica non seruis inutilis Arti,*

*Cum tua sideris est rota picta notis.*

26 No fue hombre Hugo Grotio, cuyo carácter dé lugar á la sof-  
pecha de que creyó lo que estampó en estos versos, de que los Anillos  
sellados con notas Astrológicas, tengan virtud para curar enfermeda-  
des, y eficacia de Filtrios amatorios. En vez de ser de tan faciles cree-  
deras aquel famoso Holandés, incidió en errores perniciosísimos por  
nimiamente incrédulo. Pero habló segun la opinion de muchos, que  
erradamente lo entendieron así; y escribiendo en alabanza de los Ani-  
llos, como Poeta, no se le debe culpar, que introduxese algunas fabu-  
las en el elogio.

tibios en querer, miran el exceso del cariño como hijo de  
la cortedad de entendimiento. Así desprecian á los que vén  
muy apasionados, burlandose de ellos, como de unos hom-  
bres

27 Gayot de Pitaval en el Tomo XIII. de *las causas célebres* refie-  
re una historietá graciosa, concerniente á la virtud de los Anillos, para  
el efecto de que tratamos, la qual dice leyó en un Autor contempora-  
neo de Carlo Magno, persona principal en el asunto de dicha histo-  
rieta. Fue el caso, que habiendo fallecido una concubina de Carlo  
Magno, á quien aquel Principe amaba con extremo, perseveró en él la  
misma pasión en orden al cadaver; de modo, que no podia apartarse  
de él. Pasaronse algunos dias, en cuyo espacio el cadaver llegó á  
aquel grado de corrupción, en que ya era intolerable su hedor; pe-  
ro insensible á él Carlo Magno, y solo sensible á la llama amorosa,  
que ardia en su corazón, no podia apartar el cuerpo, ni los ojos de  
aquel objeto, cuya presencia era el unico alivio, que podia lograr  
en su dolor. Un Obispo, notando un Anillo, que tenia la difunta en  
un dedo, y sospechando, que acaso del Anillo procedia la pasión  
del Emperador, por haverse contruido con las observaciones Astroló-  
gicas, necesarias para tal efecto, se le quitó, y le trasladó á un dedo  
suyo. Al punto que lo hizo, sintió el Emperador la infeccion del ca-  
daver, y lo hizo enterrar; pero todo el afecto, que antes tenia a la di-  
funta concubina, mudando de objeto, se transfirió á aquel Prelado: de  
modo, que ya no podia sufrir que se apartase de sus ojos. Asegurado  
entonces el Obispo de la virtud magica del Anillo, le arrojó al Rhin.  
¿Mas qué sucedió? La virtud Magica del Anillo á qualquiera parte  
donde iba, llevaba consigo arrastrado el corazón de Carlo Magno. Ol-  
vidado ya enteramente de la concubina, y del Obispo, solo al rio, don-  
de se havia sumergido el Anillo, miraba con amor, y todo su deley-  
te era pasearse á las margenes del Rhin, enfrente del sitio donde se ha-  
via arrojado el Anillo.

28 Gaspar de los Reyes, citando al Petrarca, refiere el mismo su-  
ceso con alguna variedad en una, ú otra circunstancia. El Anillo, segun  
este Autor, no estaba en la mano, sino debaxo de la lengua de la con-  
cubina. El Prelado que descubrió, que él era la causa de la extraordina-  
ria pasión del Emperador, fue el Arzobispo de Colonia, de quien dice  
que lo supo por revelacion. De la experiencia de la virtud del Anillo,  
ni en el Prelado, ni en el Rio, nada dice Reyes; de que infero, que  
nada de esto halló en el Petrarca.

29 Si esta Historia fuese capaz de que se le diese alguna fé, ya se  
vé, qué debieramos preferir la relacion de Pitaval á la de Reyes, por-  
que aquel dice haverla leído en Autor contemporaneo á Carlo Magno,  
y éste en Autor posterior á Carlo Magno algunos siglos. ¿Pero una fa-  
bu-

bres mentecatos, ó medio estúpidos. Pero quisiera yo saber, si tienen por mentecato, ó medio estúpido a la Aguila de los Ingenios, al grande Augustino: pues es ciertísimo, que este

hom-  
bula, que importará que se cuente de este, ó aquel modo? Es de difícil, que esta variacion dependió de que el Patriarca, habiendo leído aquella narracion en algun Autor antiguo, ó el mismo, ó distinto de aquel donde la leyó Pitaval; y considerando, que la circunstancia de transferirle el amor de la concubina al Prelado, y del Prelado al Rio, le daba un carácter sensibilibísimo de parrña, dexo fuera dicha circunstancia para hacer la Historia creíble: á lo que conducia tambien añadir, que el Arzobispo havia conocido la causa de aquel extraordinario asceto por revelacion, lo que de otro modo era difícil.

30 Mas dirá alguno: ¿por qué no se ha de creer á un Autor contemporáneo al suceso? Respondo lo primero, por que el suceso es inverisimil. Respondo lo segundo, por que no tenemos certeza de que el Autor fuese contemporáneo, aunque suene serlo. ¿Quantas Historias se han supuesto á Autores antiguos, que no tuvieron alguna parte en ellas? Respondo lo tercero, que la circunstancia de contemporáneos no debe hacer mucha fuerza, para dar atento a aquellos Autores, que escribieron antes que huviese Imprenta; como ni tampoco á aquellos, que despues que la hay, no escriben para imprimir. La razon es, porque los Manuscritos de unos, y otros suelen estar reservadamente depositados en la mano de sus Autores mientras estos viven, y aun mucho tiempo despues de su muerte en las de amigos, ó herederos: conque por dos capitulos se puede desconfiar de ellos. El primero, porque un Autor, que escribe lo que juzga se ha de leer mucho tiempo despues de su muerte, tiene alguna probabilidad de que no se le puede probar lo contrario de lo que escribe: fuera de que no sentirá mucho, que le tengan por mentiroso, quando ya no existe en la tierra. El segundo, porque aquellos, en cuyas manos quedan los Escritos, pueden adicionar, quitar, ó alterar en ellos quanto quisieren.

31 Por estos motivos yo no hago aprecio de aquellos Manuscritos historicos, en que se refieren acciones ocultas, ó causas ocultas de acciones magníficas de algunos Príncipes, ó Personages señalados en el mundo, que florecieron algun tiempo há, siempre, ó por la mayor parte en deshonor suyo; v. gr. las Relaciones manuscritas del modo, y causas de la muerte del Principe Carlo, hijo de Felipe II, de los motivos de la desgracia de Antonio Perez, del Pastelero de Madrigal, &c. por mas que infinitos hagan especial estimacion de tales Manuscritos, con preferencia á las mejores Historias impresas. Quanto mayor representacion hacen los hombres en el mundo, ya sea por su fortuna, ya por su mérito, tanto mayor numero de enemigos tienen; y

bre prodigioso fue de un corazon extremadamente afectuoso, y de una ternura incomparable. Veense en el lib. 4. de sus Confesores las angustias, y lamentos, que la colto la muer-

entre esta multitud de enemigos, es fácil se hallen algunos, que querían saciar su odio, su venganza, ó su envidia, infamandolos con la posteridad. Hay tambien quienes, sin motivo especial de malevolencia, solo por dar satisfaccion á su maligna indole, hechan borrones sobre la fama de hombres ilustres.

32 Ni logran conmigo mas aceptación las *Aecdotas* (ó Historias *ineditas* de cosas ocultas) que están impresas con nombre de Autor. ¿Qué fiador tiene de su veracidad el que las escribe? Tales Escritos siempre, ó casi siempre son satyricos. ¿Por qué he de creer verídico a quien me dá motivo para juzgarle mal intencionado? Procopio, Principe de los *Anecdotistas*, porque fue el primero que escribió Historia de este carácter, en ella hace un infierno de la Aula del Emperador Justiniano, pintandolos á el, y á su muger Theodora como dos monstruos compuestos de todos los mas horribles vicios, habiendo en las demás Obras, que entonces permitió á la luz pública, representado los dos modelos de virtud. O mintió en uno, ó en otro. ¿Qué asenso debe darse en nada á un Autor, que no puede evitar la nota de mendaz? Acaso mintió en uno, y otro extremo: en uno por adulador, en otro por maligno; siendo lo mas verisimil, y mas conforme á otras Historias, que aquellos dos Principes, ni fueron tan malos, ni tan buenos. Quizá podrá salvarse el honor de Procopio con la evasión de que la Historia *Anecdota*, que anda con su nombre, no es suya. No es esta sospecha tan agena de fundamento, que no haya tenido cabimiento en algunos hombres muy doctos, segun afirma Guillermo Cave (\*) *Tanta in ea ubique scater fortiter conviciandi libido, tanta mendaciarum inverecundia, á solita Procopii gravitate alienissima, ut suppositivum esse opus, & Procopio falso inscriptum viri doctissimi opinati sint.* Esta contingencia, la qual es casi transcendente en esta especie de Escritos, bastaria, como ya insinuamos arriba, para desconfiar de ellos, aun quando no mereciesen la desconfianza por otros capitulos. ¿Cuán fácil es, que un hombre de buena habilidad, y mala intencion, componga una Historia satyrica, y la dé á luz debaxo del nombre de algun Autor conocido contemporáneo á los sujetos infamados en ella? Muchos de los Escritos, que con título de Memorias corren en las Naciones, especialmente en la Francia, están reputados entre los sujetos de algun discernimiento por puros supuestos a los Autores, baxo cuyos nombres se publicaron.

33 El aprecio, que se hace de tales Escritos, no nace tanto de depra

(\*) Apud Prope-Bloant in Procopio.

muerte de un amigo. Apenas en alguno de los mas ponderativos Poetas se leen expresiones mas vivas de dolor en la pérdida del objeto amado. Dice, entre otras cosas, que

abovacion del gusto, como de corrupcion de la voluntad; ò acaso diremos mejor, que de la corrupcion de la voluntad nace la depravacion del gusto. ¿Qué humanidad, qué rectitud, qué amor á su propia especie, á sus hermanos mímos, hay en el corazon de un hombre, que le complace en ver publicar las acciones torpes de otros hombres? ¿No podremos decir con algo de razon, que no es sangre humana, sino de vivoras, y alatránas, la que circula por sus venas? Así para todo hombre de razon, qualquiera que con sollicitud busca Escritos satyricos, que los lee con deleyte, que los publica, que los copia, que los aplaude, tiene hechas las pruebas de animo maligno, intencion torcida, y conciencia estragada.

34 Los Libelos, ò Escritos difamatorios de Principes, ú otras personas por qualquiera titulo ilustres, logran mas general aceptación, porque induce á ella un principio vicioso muy comun. El amor proprio, la estimacion que hace cada hombre de sí mismo, le inclina á mirar con una especie de displicencia, ò enfado, todos aquellos que son mas que él, en el aprecio del mundo, por representarles, que la magnitud de la estatura agena disminuye á los ojos de los demás hombres la suya. De aquí viene la complacencia de ver publicar sus faltas, porque le parece, que quanto se les quita de honor, se les rebaxa de tamaño.

35 Como la aceptación de Historias *Anecdóticas*, y satyricas, es tambien un error comun, y comunísimo, fue justo aprovecharme de la oportunidad, que me dió la Historieta de Carlo Magno, para corregirle. Y volviendo á ella, añado, que podíamos permitir la verdad, sin perjuicio de lo que establecemos en orden á la falsedad de los Anillos amatorios, suponiendo que la influencia del de la concubina de aquel Emperador fue de no natural, sino diabólica. Tenemos por quimerica aquella; juzgamos posible ésta. Quantos Astros hay en las esferas celestes, barajados segun todas las combinaciones imaginables, es delirio pensar, que puedan imprimir en un Anillo, ni en otra cosa, eficacia alguna para producir una minima dosis de amor en el corazon humano. Tampoco el demonio, si se mira bien, se la puede dar; pero puede, mediante el pacto corporeo tal disposicion, que sirva á inflamarse en un veheméntísimo amor el sujeto.

36 Este caso, digo, es posible; pero juntamente rarísimo, como dexamos bien advertido arriba. Así nadie se dexa engañar del comun enemigo en materia de tanta importancia. Hombres de vuestras pasiones, sabed, que he lo es solicitar á todo riesgo la satisfaccion de vuestras pasiones, sabed, que Dios muy rara vez permite, que el demonio, por medio del pacto, coopere

abhorrecia su propia vida, porque le faltaba la mitad del alma; y que con todo temia la muerte, solo porque en él no acabase de morirle el amigo. ¡Qué corazon tan tierno aquel, re al cumplimiento de vuestros detestables antojos. Aun el demonio mismo quiere vuestra ruina, mas no vuestro deleyte. Así quando le solicitais á favor de vuestro apetito, os quedareis burlados, con la carga de tan horrible pecado, y sin el logro del fin pretendido.

37 Por conclusion no me parece inútil proponer á este proposito el dictamen de Gayot de Pitaval, sugeto cuyo voto, por su ciencia, discrecion, juicio, y conocimiento práctico del mundo, que le adquirió el exercicio de Abogado del Parlamento de Paris, y la residencia en el gran Teatro de aquella Ciudad, parece es acreedor á algun particular aprecio. Este Autor, habiendo en el tom. 13. de la *Causas Célebres*, tratado de la de Madalena de la Palude, acusada de haver practicado hechizos amatorios, y castigada por ello á la mitad del siglo pasado: con ocasion de este Proceso, en seis Conclusiones manifiesta su sentir en general sobre esta materia, el qual refiero con sus mismas voces; advirtiendo primero, que los tres sugetos, que nombra en la sexta Conclusion, uno de ellos la expresada Madalena de la Palude, todos fueron acusados, y sentenciados por usar de hechizos amatorios, y trata sus causas á la larga en algunos de sus libros.

38 Primeramente, dice: „Estoy persuadido á que los hechizos son posibles; pero juntamente creo, que son muy raros, y que lo mas seguro es disentir á la mayor parte de las Historias, que tratan de ellos.

39 „Lo segundo siento, que hay efectos preternaturales, que tienen tal caracter, que por él se conoce, que no pueden ser atribuidos á Dios, ni á los buenos Angeles.

40 „Lo tercero creo, que los Angeles malos, á quienes estos efectos extremadamente raros pueden atribuirle, tienen un poder muy limitado: que no pueden hacer todo lo que quieren, y quando quieren. Tal es la victoria, que Christo consiguió sobre las Potestades infernales. El las tiene encadenadas, y no las dexa apoderar de nosotros, sin embargo de nuestros desreglamentos, sino en algun caso particular. Son impenetrables los designios de Dios; pero vuelvo á decirlo, estos casos excesivamente raros.

41 „Lo quarto, los efectos admirables, en quienes vemos señalas, que nos mueven á juzgar que el demonio los causa, pueden tener su origen en el mecanismo de la naturaleza, no obstante que algunos Phisicos no puedan comprehender como es esto. Sin embargo hay algunos efectos, que evidentemente exceden la facultad de todas las causas naturales, como su penderse algun tiempo considerable en el ayre: saber lo que á determinado punto sucede en Regiones distantes, &c. Substiti-